

«Un golito para el cuerpo», comentó detrás de mí un atlético cuando Ufarte, el extremo derecha rojiblanco, desde la posición del interior izquierda, lanzó, en el minuto treinta y tres del primer tiempo, «un trallazo a media altura y con efecto que sorprendió al portero y se incrustó en las mallas madridistas», como decía, al día siguiente, el cronista de un diario deportivo. «Un golito para el cuerpo», repitió el «hincha» frotándose suavemente la boca del estómago con la palma de la mano. El gol siempre es comida para las masas hambrientas de fútbol. Cuando un equipo que debería haber marcado goles no los marca se dice que no ofreció a los suyos ni un gol «que llevarse a la boca». Pero el gol de Ufarte la otra noche fue para los seguidores del Atlético de Madrid una especie de maná del cielo, un alimento integral, un menú completo, un verdadero banquete. Hay que decir que no era muy alta la moral con que los atléticos iban «a enfrentarse» al Real Madrid en el estadio Santiago Bernabéu. El domingo anterior el equipo, jugando en su propio campo, había obtenido una «victoria precaria» sobre el Real Betis Balompí. La prolongada ausencia de Gárate y la inoportuna lesión de Irureta hacían concebir muy pocas esperanzas a las «huestes rojiblanco» ante un Madrid que había batido al Las Palmas en su «feudo insular» y al que se suponía decidido a rehabilitarse ante su público después de sus mediocres actuaciones ante el Sporting de Gijón o ante el modesto Keflavikur, campeón de Islandia, en Copa de Europa.

No se alarmen mis lectores, no es una crónica de fútbol lo que me propongo hacer aquí, sino más bien un intento de aproximación a ciertos aspectos de la sociología de Madrid —a una sociología «informal» de Madrid— a través del fenómeno del fútbol. Pero, como iba diciendo, lo que siguiendo el estilo de la crítica deportiva podríamos llamar «el desaliento atlético» ante este partido que el equipo del Manzaneros jugaba en el campo de sus «eternos rivales» se hizo particularmente dramático cuando, a los pocos minutos de comenzar el encuentro, el árbitro expulsó del terreno de juego al corpulento y proceloso defensa atlético, Iselín Santos Ovejero. El «cacique del área», que así le llaman por su indiscutible autoridad y singular resolución en el despeje de las situaciones comprometidas en las proximidades de la meta de su equipo, propinó un aparatoso cabezazo al delantero centro del Madrid, Santillana. Parece ser, si hemos de hacer caso de revelaciones hechas después del partido, que Ovejero perdió el dominio de sus nervios porque Santillana le había provocado de palabra. Pero esto no es sino pequeña historia. Lo cierto es que el quejica y teatral delantero madridista, que al ser agredido se lanzó al suelo cual fulminado por un rayo y como diciendo «¡Muerto soy!», llamó la atención del colegiado de forma lo bastante elocuente para que éste decretara la justa expulsión del defensa atlético. Las pocas ilusiones que aún pudieran hacerse los rojiblanco y sus «forofos» se vinieron abajo. Se les puso, como suele decirse, «el partido cuesta arriba». La continuación, el «providencial» gol de Ufarte y el

silla de pista

MADRID: CHOQUE DE "ETERNOS RIVALES"

tesón e inteligencia con que el disminuido Atlético luchó hasta alzarse con la inesperada victoria, pertenece ya a la crónica puramente deportiva del encuentro. Lo que me interesa recoger aquí es la extraordinaria pasión que en estas circunstancias se evidenció en los graderíos a lo largo de todo el partido, una pasión que parecía desmedida para un encuentro celebrado a principios de temporada, es decir, cuando los puntos en litigio, aunque importantes, no tienen todavía trascendencia para el campeonato.

Los enfrentamientos entre los «eternos rivales» madrileños, y lo mismo ocurre en el caso de los de los de otras ciudades o regiones, ofrecen siempre partidos acalorados y «de nervios». He presenciado varios de los disputados entre el Madrid y el Atlético, pero quizá nunca me ha parecido apreciar de modo tan evidente como en éste el contenido extradeportivo, la posible significación sociológica de este enfrentamiento. ¿Qué representan hoy, sociológicamente hablando, los dos clubs en la vida de la ciudad? ¿Qué es lo que hace que un madrileño que se interese por el fútbol, se incline por el Madrid o por el Atlético? ¿Se trata de motivaciones puramente deportivas?

Según una opinión que se ha generalizado, aunque no está en absoluto comprobada, el Atlético de Madrid sería en la actualidad, cualquiera que sea su historia, el club preferido por los inmigrantes, especialmente los procedentes de zonas de las llamadas «deprimidas», mientras que el Real Madrid sería el equipo de la gente aposentada, sea o no natural de Madrid. De hecho, el Real Madrid o, como se dice a menudo, «el Real» es un club mucho más rico y poderoso que su «eterno rival», «el Aletti». Ser «hincha merengue» significaría, si fuera cierta esta opinión, un «status» socialmente más distinguido que el que concedería el hecho de ser «forofos de los colchoneros». El

espectador que frecuente los estadios de uno y otro equipo podría pensar, quizá, que el del Manzaneros excede al Bernabéu en punto a colorismo, desgarro y expresión del lenguaje popular. El Real Madrid tiene cierta tendencia a subrayar su «caballeridad» y su carácter autóctono y enraizado en la sociedad establecida de la ciudad. Su himno, que resuena ensordecedoramente a través de los altavoces, antes de empezar el partido y en la media parte, afirma que se trata de un «club castizo y generoso», de un «noble y bélico adalid, caballero del honor». El Atlético tiene su origen forastero. Fue fundado por seguidores del Athletic de Bilbao residentes en la capital. Durante unos años, después de la guerra, fue llamado «Atlético de Aviación». La otra noche, en el campo, unos atléticos con quienes hablé abundaban en la creencia de que la «parroquia» de su club está compuesta de gente de fuera con el argumento de que en los últimos años había pasado de tener quince mil socios a tener sesenta mil, lo que se debía, según ellos, al hecho de las inscripciones de los recién llegados. Uno de los que hablaron conmigo dijo: «Hay que reconocerlo, nosotros somos los paletos». La palabra es significativa. En más de una ocasión, en bares y tabernas, he oído a gente aposentada en Madrid tildar de paletos a los llegados de los pueblos. «Aquí lo que hay es mucho paletos», decía un día uno, y añadía que para solucionar los problemas de Madrid, lo que él haría si fuera autoridad sería «prohibir la entrada a los paletos en Madrid».

En el júbilo de los atléticos la otra noche, cuando se vio que su equipo mantenía a raya al Madrid, jugando con diez hombres y con muy notables ausencias en sus filas (un comentarista decía al día siguiente que «David, con el mayor desenfado, le había perdido el respeto a Goliat y, además, le traía por la calle de la Amargura»), en el júbilo de los atléticos y en el lanzamiento de botes de cerveza de algunos madridistas parecía apreciarse un espíritu que no se debía puramente a la competencia deportiva.

Don Vicente Calderón, el presidente del Atlético, se quejaba no hace mucho de que «la ciudad» no apoyaba a su equipo. La rivalidad entre madridistas y atléticos llega a tal extremo que, cuando por ejemplo, el Atlético juega contra un equipo extranjero son muchos los madridistas que van a favor de los adversarios de su «eterno rival». No todos los madridistas, naturalmente, piensan así y, por otra parte, también hay atléticos que actúan de la misma forma cuando se produce la situación contraria, pongamos por caso, cuando es el Madrid el que juega con un equipo extranjero.

Por mi parte, carezco de datos para fundamentar una opinión en esta materia. ¿Puede compararse el caso de los «eternos rivales» madrileños al caso, algo más conocido, del de la rivalidad entre el Sevilla y el Real Betis o de la del Barcelona y Español? No parece aventurado afirmar que los sociólogos estudiosos de Madrid obtendrían del análisis de los dos clubs algunos interesantes datos acerca de esta desconocida ciudad. ■ LUIS CARANDELL.

